



# *Pandemónium*

La mayoría de revistas y periódicos está digitalizada y aparece en el portal de la Biblioteca Nacional. Se ofrece una imagen del artículo como una muestra y el link para quien desee leerlo.

Cuando el texto de Carmen Lyra no ha sido digitalizado, se propone una fotografía del mismo.

1  
SAN JOSÉ DE COSTA RICA

# PANDEMÓNIUM

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA  
DE CIENCIAS, LETRAS Y ARTES

DIRECTOR, JUSTO A. FACIO • ADMINISTRADOR, VÍCTOR POLINARIS

EDITOR: IMPRENTA ALSINA, MURRAY Y CIA.

AÑO VIII

10 DE ENERO DE 1914

N.º 102

## El año tropical

I

### Enero

El Sol inmenso la cerúlea trama  
con sus flechas ardientes acribilla  
y el aire todo se estremece y brilla  
como el móvil reflejo de una llama.

Lame con vivo resplandor la rama,  
cuyas hojas destustra y abarquilla,  
y a su lumbre ondulosa y amarilla  
ámbar parece la reseca grama.

El viento, como un pájaro sin tino,  
arroja en turbonadas al vallado  
los despojos inúmeros del suelo;

Y en las hojas marchitas del camino  
remeda el polvo, por la luz dorado,  
pelusa y tornasol de terciopelo.

Justo A. facio



que ellos se alejan, la paz inmensa en que os envuelven las selvas en medio de las cuales os deslizáis vuelve a reinar, y el murmullo del viento es el único que transita por vosotros! Caminos todos que váis a través de los campos de mi país como mensajeros de fraternidad, ¡cuánto os amo y qué llenos de belleza me parecéis!

Esta mañana la he pasado contemplando las montañas del Sur, cuyas crestas parecían descansar sobre el cielo. ¡Qué quietud se desprendía de sus flancos vestidos de bosques, de maizales, de potreros, entre los cuales los caminos descienden hasta el valle semejantes a pliegues gigantescos! Un sol benigno de noviembre tamizaba su oro a través de una finísima gasa de niebla y un agradable vientecillo del Norte hacía pensar en la dicha de las alas. ¡Qué deseos sentí de volar lejos de la ciudad, hacia aquellas montañas, y luego subir lentamente los caminos que ascienden por sus pendientes!

Contemplando aquellos caminos pensé dulcemente en todos los senderos que surcan nuestros campos: unos con sus cercas de piñuela, de entre las que salen, al menor ruido, bandadas de piapias alborotadoras y de tijos de ropaje fúnebre; otros, los de Cartago y también muchos de las provincias del NO, alegres con la alegría que le ofrecen sus vallados de piedras vestidas de musgo y adornadas de rositas silvestres o de rosas de Jericó, de suave aroma; caminos de las tierras calientes que pasan entre setos formados de árboles de madera negra, que se engalanan con sus ramilletes de flores rosadas en el verano, de guachipelines que por el mismo tiempo alfombran la senda de pétalos de oro, y de jiñocuaves, buenos árboles de cuyas ramas y troncos mana una goma caritativa.

También pensé en los caminos por los que ha pasado mi vida y en cada uno de los cuales encontré algo que parecía darle una fisonomía particular.

Carretera aquella que sale de mi ciudad hacia el pueblecillo de S y el

que recorrí tantas veces cogida de la mano de mi abuela. En los veranos era una gloria mirarla: las cercas, formadas de itabos y de porós, florecían. Los unos balanceaban los racimos de sus flores blancas que parecen campanitas de marfil y los otros erizaban sus ramas de puñalitos rojos. Y entre ellos colgaba sus guirnaldas blancas, la *barba de viejo*. A la entrada de las casas humildosas había troncos con macizos de guarías que reventaban en el tiempo de las quemadas, cuando comienza a tronar, por marzo. En esta época me parecía que en cada una de las casas Dios había prendido una sonrisa. Oh! lindas flores de guaría que cada año ponéis el encanto de vuestra belleza frágil hasta en las chozas más pobres de mi país!

Un arroyuelo acompañaba un buen trecho el camino: arroyuelo el más juguetón y cristalino que en mis días he visto. Formaba un remanso bajo unos sauces que metían sus ramas indolentes en el agua. A su sombra vi siempre jóvenes lavanderas que golpeaban ropas y cantaban. Recuerdo cómo comenzaba la canción que una, casi una chiquilla entonó un día:

«Me aconsejan que te olvide,  
yo no te puedo olvidar...?»

Recuerdo también que esa canción me siguió hasta que traspuse la eminencia, como una golondrina que fuera volando por el aire, a lo largo del camino. Cuando dejé de oírla me pareció que el canto aquel, al que la fina voz había puesto alas, se había posado a descansar en las ramas de alguno de los árboles que coronaban la pendiente.

Más allá había una casita pintada de azul y blanco con un prado al frente y siempre que pasé vi en él dos niños que jugaban con unos cabrillos negros.

He vuelto a transitar esa senda; pero con gran dolor de mi corazón he visto cómo la ciudad se va apoderando de ella: las casas urbanas han ido lentamente haciéndola suya. Casi todas las rústicas viviendas que la mi-

raban pasar frente a sus umbrales, han desaparecido. ¡Quién sabe que propietario metió mi arroyuelo por sus predios para poner sus ocios de cristal a mover quién sabe qué pesadas ruedas o hacer que los cantos de su agua fueran a derramar sus melodías sobre quién sabe qué sembrado. En donde antes se tendía el remanso, se levanta hoy una casa barroca en la que habita la familia de un comerciante retirado. Una vez, que iba yo echando de menos el remanso y las jóvenes lavanderas, vi al viejo propietario paseando su gran harriga, entre las coles y las lechugas de la huerta que se despliega al frente. Qué habrá sido, me dije, de la dulce voz que un día cantó:

«Me aconsejan que te olvide,  
yo no te puedo olvidar...!»

Pero no era ella la que aleteaba en ese momento en el aire, sobre el camino. . . . Lo que oí fué la tos del pesado burgués, y aquel toser y aquel cartaspear fué lo que me acompañó un largo pedazo del camino.

¿Qué habrá sido también de los niños que jugaban con los cabrillos negros? La casita aun está en pie, pero cerrada y silenciosa. Una de las paredes está llena de musgo y amenaza ruina.

Pienso también con ternura en otro camino que anda enredado en las faldas de un cerro de la cadena central y que sube en pendiente hasta la limpia cabaña de techo pajizo, en la que viven unos sencillos corazones que me quieren bien. A la entrada, cerca de la huerta, una planta de pastoras extendía sus ramas y dijérase que salpicaba de alegría la choza con las hojas rojas que brotaban en el extremo de las ramas. ¡Cuántas veces me senté en el banco que hay junto al umbral a mirar y mirar el camino amarillento, que comenzaba allá abajo donde un grupo de eucaliptos levantaban su ramaje plateado y, después que pasaba frente a la choza de las pastoras, se metía por un recodo entre paredones tapizados de helechos y de jarales!

En las mañanas oía bien aquel camino libuen Dios! Las flores de jaral desplegaban al sol sus indiferencias de oro cargadas de perfume enervante y de miel, sobre las que zumbaban enjambres enteros de abejas de *picáoro* y de esos abejones negruzcos que fabrican con la miel de esta flor sus bolitas dulces y perfumadas, que meten en el interior de troncos y ramas y las cuales son una golosina buscada con afán por los chiquillos campesinos. Los eucaliptos del bajo dejaban caer sobre el sendero su sombra delicada, que uno creía tejida de seda y que convidaba a soñar. Esos eucaliptos a quienes el viento hacía mover con un movimiento tan armonioso y enyo follaje de tonos argentinos parecía diluirse en las noches de luna en el ambiente, y la casita de las pastoras, daban a este sendero un encanto particular que nunca he saboreado en otra parte. Cuando yo lo recorría, era muy joven y me mecía en sueños e ilusiones que ahora se me antojan fabricados de un tejido tan delicado como el de la sombra de los eucaliptos, sueños e ilusiones que después la experiencia se ha encargado de destejer con sus manos frías y despiadadas. ¡Cuántas veces pasé por allí lentamente cerca de un corazón junto al cual el mío se sentía tan dichoso como la abeja sobre la flor en cuyo fondo tiembla una gota de miel!

Pero después, la cruel destejadora de mis ensueños me ha enseñado la malicia y hoy, cuando me sale al paso el corazón sobre el que descansé tan confiada antaño, el mío se repliega lo mismo que las hojas de la adormidera cuando las toca algo extraño.

Hay también el camino que sale melancólicamente y como pesaroso de dejarlo, de un pintoresco pueblecito que queda en el fondo de un valle, al otro lado de la cordillera que tengo ante mí. Es este un camino en el cual las tardes de verano poseen una belleza tan sutil que se teme moverse y hablar por temor de romperla. Es una belleza hecha con luz suave de crepúsculo, con los hilos de oro que dejan caer las estrellas que se en-

treabren, con el murmullo del río que se aleja, con el perfume de las flores de los árboles de dama y de tuete que crecen en los setos y con mil cosas más que no se sabe qué son, pero en las que deben haber puesto sus manos la tristeza, la alegría, el amor. Hay a la vera de este sendero un cementerio donde son enterrados todos los campesinos que mueren en el valle. Al pasar, se ven cruces de madera y túmulos sencillos descansando sobre una hierba siempre verde, porque la refresca la humedad del río que corre allí cerca. La tristeza suave que flota en aquel recinto, parece envolver todo el camino. En cada recodo de él, creese encontrar la Melancolía sentada en uno de los bordes, con su frente apoyada en una mano y los pliegues de su manto color de luna flotando al viento.

¿Y el camino del picapedrero? Es esta una carretera ancha, pedregosa y desamparada, con grandes potreros que se extienden a los lados y en los que paca una que otra vaca. En el tiempo en que yo lo recorría muy a menudo, trabajaba en ella un picapedrero. En una hondonada del mismo camino se había construido una cabaña, cuyo techo era de hojas de pátano. Me contaron que no era del país, pero que hacía bastantes años desempeñaba su oficio en el lugar, y que vivía solo. Nunca he visto una figura más desalentada que la del viejo picapedrero inclinado sobre la piedra que trabajaba. Tenía los ojos apagados, dos pozos de desaliento, que parecía derramarse y correr por las arrugas que surcaban sus mejillas flácidas y su frente. Recuerdo los deseos que me daban de tenderme y de no saber nada más de nada ni de nadie, cada vez que transitaba por allí en los mediodías y veía ante mí la calle que

reverberaba con el sol, el aire lleno de la vibración persistente y monótona de las cigarras y del ruido sordo y metálico del martillo del picapedrero sobre la piedra. ¡Pobre viejo! ¿De dónde había venido y qué hacía en la vida? Yo me alejaba, pero aquellos golpes secos me perseguían un buen rato. Me hacían el efecto del estribillo de una canción que dijese del cansancio y de la inconsecuencia de la vida.

Y en mi memoria continúa el desfile de caminos: el de la iglesita con torres oscuras, con la entrada engalanada con una planta de *bellísima*, cuyas hojas de un verde oscuro y las flores rosadas, formaban arabescos delicadísimos sobre la pared blanca.

En el campanario vivía una colonia de golondrinas. En las tardes y en las mañanas, cuando el sol encasquetaba un gorro de oro en las torres y, tin, tan, las campanas tocaban el Angelus, las aladas criaturillas se alborotaban y hubiérsis asegurado que ellas eran los repiques que salían volando hacia los campos. En los mediodías, el cura, un buen viejo de rostro infantil, se pasaba bajo los naranjos del jardincillo, leyendo en su breviario.

Veo también el camino del joven campesino, físico, que al anochecer tocaba acordeón bajo el cobertizo de su casa, y recuerdo la infinita dulzura que invadía mi alma al sentir el hilo de música que iba temblando sobre el camino, entre la luz sedosa que tienen los crepúsculos de esa región, en el verano.

¡Caminos todos de mi país que os deslizáis llenos de encantos por entre nuestras tierras, ¡cuánto os amo!

Carmen Ciria

Nov.—1913

Lira, Carmen. (1914). Los caminos, *Pandemónium*, 102, 134-7. Recuperado de:

<http://www.sinabi.go.cr/Biblioteca%20Digital/REVISTAS/Pandemonium/Pandemonium%201914/a-a-Pandemonim%20AnoVIII%2010%20ene%201914.pdf>

## Una elegía humilde

Es un pequeño cementerio casi alegre. Su vista no ensombrece nuestra frente con ideas tristes, sino que se piensa dulcemente en la muerte.

Allí descansan todos los campesinos que han muerto en el valle: los viejos, los jóvenes y los niños. Dan deseos de morir en aquel valle, para transformarse como los sencillos aldeanos en manojos de hierba fresca y verde, en margaritas de centro de oro y en escaramujos de flores humildes.

El pequeño cementerio queda al pie de la montaña llena de rumores y a la orilla del río cantador.

\*\*\*

En la estación de las lluvias el río se sale de madre y pasa murmurando sobre algunos de los sencillos túmulos. En su seno lleva entonces parte de la tierra en la que se deshacen los cuerpos de aquellos campesinos, muchos de los cuales no traspusieron nunca la cumbre de sus montañas; pero el polvo que los formó irá al océano inmenso... muy lejos del quieto pueblecillo que los vio nacer y dormirse para nunca despertar.

Extraño destino! La muerte, que siempre despierta idea de descanso, será para algunos de aquellos aldeanos tranquilos, inquieta y agitada como no lo fué nunca su vida?

\*\*\*

De entre la hierba siempre verde emergen las cruces de madera pintada, pero no parecen símbolos lúgubres: tienen más bien su aire gracioso, adornadas con el escaramujo florecido casi todo el año y que sube por ellas abrazándolas cariñosamente.

¿Por qué se piensa al ver el pequeño cementerio que allí sólo hay niños enterrados? Sí, porque fueron como de niño los corazones de los candorosos

campesinos que llevaron allí ajenos pies.

\*\*\*

Siempre esos muertos están arrullados por el canto cristalino del río y por la voz profunda que el viento trae de la montaña.

Debe ser como estar dormido en el regazo de una madre joven, que canta velando nuestro sueño.

\*\*\*

Por las mañanas amanece la hierba del valle blanqueando de escarcha, y es la escarcha que brilla en la hierba del cementerio la que primero se deshace al beso del sol, y de allí suben también los primeros blancos copos de vapor de todo el valle hacia el azul intenso de los cielos.

Y cuando la tarde se apaga lentamente hay una melancolía infinita en aquel rincón, en donde los rosales silvestres florecen abrazados a las cruces. Las copas de los lentiscos que protegen la empalizada se vuelven luminosas... y cada una de sus hojitas es una lengua que canta una melodía triste. En la música del río y en la voz grave que baja de la montaña y que parece viniera de un órgano, hay un tono más quejumbroso y tierno.

Nunca como entonces me ha parecido más deliciosa la sensación de ver encenderse las estrellas bajo el azul verdoso del cielo: ahora una aquí, luego otra más allá... ¿Qué mano femenina, blanca con blancura de luna, de largos y finos dedos, es la que va encendiendo esos dulces y pensativos luceros?

Los vencejos pasan volando y con la punta de sus alas rozan la tierra que cubre los muertos y luego se remontan gorjeadores. A la música del río y de la montaña se une la melodía de los lentiscos, el gorjeo de los ven-

cejos y la voz serena de las campanas, que llama al hombre a meditar.

\*\*\*

Frente al pequeño cementerio, separada de él tan sólo por el camino polvoriento, queda la blanca y risueña casa de Sebastián, el viejo campesino. El jardín que se abre a su entrada siempre está de fiesta, ya con sus pervincas de colores, con sus margaritas de nieve y oco y con sus *intramelindas* de seda. Sobre la *arca* de piedra hay también un escaramujo que la adorna con sus hojas y sus ilercas. Seguramente la callada vecindad de la cual la separa no más el camino, lo regaló ha tiempo el *hijito* de rosal silvestre que ya tantas veces ha deshojado sus cosechas sobre la *cerva* de piedra.

\*\*\*

Desde el corredor se ve la tumba bajo la cual se fué a dormir Jacinta, la esposa de Sebastián. Queda al abrigo de las avenidas del río.

Cuando murió era todavía muy joven. Quedaron cinco hijos pequeños, el menor de los cuales está ya para casarse.

Dulce sueño el de Jacinta! Frente a su casita queda su tumba y desde ella seguramente oyó crecer a sus hijos. ¿Y acaso no los vio crecer también? ¿No fueron sus amorosas pupilas color violeta las que asomaron bien pronto a flor de tierra, en los pétalos de las lindas florecillas que salieron del sitio en que reposa su cabeza? No se cansa la plantita de renovarse y de cubrirse de pétalos de color violado.

Sobre su túmulo iban a jugar en las tardes sus hijos.

¡Con qué confianza apoyaba en la cruz blanca, Pascualillo el más chico, su cabeza infantil, que parecía en lo rubia y alborotada un panal de dorada miel! Lo hacía como si lo hubiera hecho en el hombro de su madre.

Maximina se revolcaba sobre el césped mullido que cubría la tumba; la niña levantaba al aire sus piernecillas regordetas o escondía su carita

risueña entre el césped, lo mismo que si jugara en el regazo materno.

Las carcajadas de todos, llenaban de alegría el pequeño cementerio: los buenos muertos debían sonreír benigneamente al oírlos.

Los mayores cortaban las rosas que adornaban la cruz. Y este rosal bebía el carmin de sus pétalos en el corazón de la madre, bajo el sitio en que Sebastián había cruzado sus manos, aquellas manos que tantas veces se posaron llenas de amor sobre las cabezas de sus pequeños: que aun muerta, seguía siendo su corazón fuente de ternura que teñía de rosa las flores que habían de recrear los ojos de sus hijos. Hacían los chiquillos ramilletes con ellas y las colocaban en un vaso ante el altarcito que para la virgen tenían en casa y frente al cual se arrodillaban cada noche a rezar el rosario. Y entonces parecía que la ternura de la muerta campesina sonreía en los pétalos frescos, al mirar el amor que, cual una gota de miel en una flor, temblaba en las rojas bocas de sus hijos, al pedir a la virgen por «el alma de manitas».

Quién sabe qué pájaro dejó caer sobre la tumba una semilla de esa gramínea que nosotros llamamos *Algrimas de San Pedro*. Y allí germinó, y sus raíces, hundiéndose, fueron a buscar su savia entre las manos de Jacinta. Con las brillantes semillitas grises los niños se fabricaron lindas gargantillas, que acariciaron sus cuellos graciosos y de las que ellos se sentían ufanos.

Hermoso sueño el de Jacinta! No era, pues, un dulce cuento aquel que habla de una madre muerta que bajaba del cielo a dejar juguetes a sus hijos. ¿No fueron sus manos carifosas las que fabricaron las lindas gargantillas que adornaban los cuellos de sus niños? ¡Amable sueño el de Jacinta! Si hubiera vivido no habría estado más íntimamente unida a sus hijos, que lo estaba muerta!

\*\*\*

Desde la puerta de su casa el viejo campesino seguía con tristes ojos los

juegos de los chiquillos. Su corazón decía: «Sólo a tus hijos puedes aún ofrecer alegrías, Jacinta, que a mí tu muerte me dejó eternamente lleno de dolor!...»

\* \* \*

Hasta la hermosa vaca sarda iba a meter su cabeza noblota a través de la empalizada y ramoncaba la perfumada hierba que cubría a la campesina que tantas veces acarició su lomo y apretó su ubre repleta entre los blancos dedos.

Cuando los niños bebían en sus guacalitos la leche espumosa y amarillenta, no sabían que comulgaban con el cuerpo de su madre!

¡Dulce sueño el de Jacinta, que aun muerta sabía extraer leche de su seno para ofrecerla a sus hijos!

\* \* \*

Pero ahora no son los hijos los que juegan sobre el humilde túmulo de la campesina que se fuera del mundo una mañana para dar la vida al último de ellos, al rubio Pascualillo. Son sus nietos, blancos y rosadotes como lo fueron aquellos.

Se ha renovado muchas veces el escaramujo que brotara del corazón de Jacinta, bajo sus manos cruzadas;

y no se cansa de ofrecer flores aun teñidas de rosa por la fuente inagotable de ternura que emana de lo que fué su corazón. Y ahora son sus nietos los que hacen con ellas ramilletes, se revuelcan sobre el césped mullido, de la misma manera que lo harían en el regazo de una abuelita de cabellos blancos, y llenan el recinto de la muerte con sus carcajadas que vuelan sobre las tumbas como bandadas de pájaros gorjeadores.

Cuando las lluvias comienzan, brotan todavía sobre el sitio en que estuvo la cabeza de Jacinta las florecillas color violeta, del mismo color que tenían las pupilas amorosas de la campesina. Dijérase que en el fondo de ellas tiembla una mirada llena de ternura.

Y ahora es viejo Sebastián. Sentado en la piedra que hay a la entrada de su casa, mira jugar sobre la tumba de su esposa la caterva de rubios nietecillos.

Su mirada triste y cansada es el lenguaje de su corazón, que tanto amó a Jacinta, la belleza campesina de ojos color violeta: «Ya he vivido muchos años sin ti, Jacinta, ya mis hijos no me necesitan... ¿cuándo iré a descansar a tu lado?»

Carmen Lira

Lira, Carmen. (1914). Una elegía humilde, *Pandemónium*, 103, 168-72. Recuperado de:

<http://www.sinabi.go.cr/Biblioteca%20Digital/REVISTAS/Pandemonium/Pandemonium%201914/ab-Pandemonim%20AnoVIII%2025%20ene%201914.pdf>



Pasatiempo de Carmen Eira  
y Francisco Soler,  
ilustrado por Carlos Herrero.

O. Dora Astia

En el camino solariego que rompe los campos se impone la claridad de la luna. Los carros al pasar han dejado largas huellas en el polvo. Así, aquella blancura lechosa mezclada de sombras parece un pentagrama en el que destacan por negras, como notas rebosantes de evocaciones, las figuras de la farándula...

El carro se ha detenido y los nómadas farsantes puéstose a descansar de la jornada.

Toda la domina la voz del silencio. Ellos la escuchan bajo el cerezo de amplia copa entre la que duerme la brisa. Las flores inmaculadas que la primavera dejó en el árbol, hacen pensar al buen Pierrot que se ha enredado en el follaje el hilo que viene de lo

alto, donde la luna es un ovillo que se desenvuelve.

Polichinela acaba de dormirse sobre la hierba. Más allá, a horcajadas en un pedrón, Arlequín labra en el tronco

de un limonero los perfles aviesos de una marioneta. El boyero rosca junto a los ruidantes de ceniza piel. Y Pierrot tiene los ojos perdidos en las claridades que asoman por encima del ramaje; en los dedos conserva una flor deshojada. Sale de improviso Colombina del carro, ligera y vivaz cual el sonido que se escapa de la caja de un violín; salta y sus pies caen como dos besos en la luz que lustra el camino. Luego corre sigilosa. Está toda blanca con aquel vestido que tiene rumores y reflejos de agua, y su blancura se confunde con la blancura de la noche. Llega hasta Pierrot y le cubre con las manos los ojos que vagabundean por los cielos.

PIERROT.—No me hagas noche con el alba.

COLOMBINA.—Eres hermano de la noche y hasta el alba se oscurece en tí.

PIERROT.—Lo has di ho... Y tú el alba, llegas con tu nitidez hasta la misma noche.

COLOMBINA.—¿Por qué eres triste? Antes me buscabas y ahora siempre estás solo.

PIERROT.—Ahora no estaba solo.

COLOMBINA.—¿Y quién estaba contigo?

PIERROT.—Una flor.

COLOMBINA.—¿Una flor?

PIERROT.—Una flor. Charlaba con una flor.

COLOMBINA.—¿Las flores no mienten?

PIERROT.—No. Nos dan su perfume mientras lo tienen. Luego... Ya... se marchitan... Yo digo en el tablado, porque todos lo dicen, que se parecen a las mujeres, y tampoco miento, pues el perfume de las flores es fugaz como la sonrisa y la voz que cree estarnos engañando. Pero no nos engaña: lo que importa es el instante que agoniza. Después se alejan de nosotros... flores que se marchitaron. Canten mentiras y créamosles. El presente siempre es verdad. Lo que importa es el momento que se fuga.

COLOMBINA.—¿Lo que importa es el instante que agoniza?

PIERROT.—Toma un jarro que tiene a tu vera y bebe.—Sí.

COLOMBINA.—Entonces tú no tienes ilusiones.

PIERROT.—¿Por ventura los momentos en sí no son ilusiones? Las ilusiones viven. Y vive mi ilusión.

COLOMBINA.—¿No me has dicho, Pierrot, que la ilusión, para que lo sea, debe ser impalpable? La luz, el aire, un suspiro...

PIERROT.—La ilusión eres tú...

ARLEQUÍN.—*Levanta la vista del tronco que esculpe y ríe burlón.*—No mientas, Pierrot. Si te llamaran para acuñar monedas serías capaz de acuñar el oro del sol. En todo está tu ilusión.

COLOMBINA.—No sabes, Arlequín, que esa mentira es una dulce verdad para mi corazón?

PIERROT.—Sigue labrando tu limonero, que desde aquí goro del olor que huye de sus hendiduras cada vez que lo hieres con tu cuchillo.

COLOMBINA.—¿Me amas, Pierrot?

PIERROT.—Sí.

COLOMBINA.—¿Sólo a mí?

PIERROT.—No.

COLOMBINA.—*Inclina la cabeza con multa onduloso y perverso. El vestido, al parecer hecho de agua, bostroja en el claro; en tanto la resentida ríe implorante, mostrando los dientes, que fueren diminutas bailarinas fuerzas de raso en el escenario de un quignol colgado de vejas tapices.*—¿Y a quién más amas?

PIERROT.—A todo y a nada.

COLOMBINA.—¿Loco?

PIERROT.—A las cosas... Al camino que hacemos, al agua que tú bebes en el mismo arroyo, a las piedras donde nos sentamos, al cerezo que nos cubre y a las nubes que se desesperan con lentitudes de gato. Lo amo todo porque sé amarle a mí mismo.

COLOMBINA.—Eso sí te lo creo. Tú no amas más que a Pierrot.

PIERROT.—Todo lo lleno de mí.

COLOMBINA.—Si todo lo llenas de tí, siendo tú realidad, tu ilusión no existe.

PIERROT.—La ilusión eres tú...

COLOMBINA.—¿Acaso estoy llena de tí...

PIERROT.—Para mí sí. Lo demás no importa. No rías, Colombina. Oye:

no sé cómo te miras cuando te contemplas en una superficie pulida... Harto tengo con saber cómo te miro yo; me basta saber que he encerrado



Allí quedó mi bandidín....

[Dibujo del joven artista castrocano  
CARLOS HERRERÍA.]

en ti mi ilusión. Soy como el fandiador que vacía el bronce hirviente en el molde, del que más tarde sacaré una estatua para solar de los ojos y alegría del espíritu. Así, yo vacié todo lo que ardía en mi alma, dentro de ti. El alma que tu tienes—para mí—es mi alma. No rías, Colombina.

*Y bebe más, mucho más. Hay un silencio que se pierde en el camino. El cuchillo de Arlequín, al labrar la madera, rue ese silencio. La brisa susurra en las ramas floridas del cerezo.*

*Y sacaría, después de despertar, habla.*

POLICHINELA.—No seáis locos. ¡Ah, no seáis locos! Yo también soñé, pero me cagáron... Eso del amor es asunto de epidermis.

COLOMBINA.—Duerme, pobre Polichinela, aunque no sueñes.

PIERROT.—Oye, Colombina: recuerdo que una noche soñé que iba por un largo camino, más largo que este por donde ha venido dando tumbos nuestro carro. Yo peregrinaba en busca de la ilusión. Al doblar un recodo se alzó ante mí un castillo sin puertas y con una sola ventana. En la ventana un rayo de luna se convertía en la silueta de una mujer que hasta hoy no sé si era un alma sin cuerpo o un cuerpo sin alma. ¿No eras tú, Colombina? No rías...

*Ya está borracho y cada vez bebe con más ansie.*

COLOMBINA.—Mi risa no es burla. Es que me parece que te vi pasar por la ventana de mi castillo.

ARLEQUÍN.—¡Castillo!... Bah! ¡Castillo!... Polichinela, ve y enciende del puente levadizo de nuestro castillo, no sea que se metan los ladrones.

COLOMBINA.—Tú no lo ves, Arlequín. Si te enseñara mi castillo tampoco entrarías. El puente está levantado.

PIERROT.—Nosotros nunca salimos de ese castillo. Allí te vi la primera vez, Colombina. ¿Eras un alma? ¿Eras carne?

COLOMBINA.—Te esperaba... Encontrábase como vacía.

PIERROT.—Yo era un alma vagabunda sin forma ni rumbo. Te encontré y era bella. Recuerdo me alojé en tí. Tu belleza es la forma de mi alma. *Aplica de nuevo los labios al jorro de vino.*

COLOMBINA.—No bebas, Pierrot.

ARLEQUÍN.—Dame vino. Bebamos.

EL BOYRRO.—*Se acerca lento y con pate callado. Es un viejo fuerte, flexible como la trompa de un elefante. Rocuenta su vez profunda en la soledad agreste con el eco orondo del guijarro que rueda hacia un abismo.*—Dame vino, Pierrot.

PIERROT.—¿Para qué?

ARLEQUÍN.—Ve a cuidar de tus bueyes; están sin pienso. El vino te hará olvidarlo.

COLOMBINA.—Descansa entre nosotros.

PIERROT.—Toma vino y cuando vayas a cuidar de tus bueyes no te olvides de cantar.

EL BOYERO.—Nunca he cantado.

ARLEQUÍN.—Bien hecho.

PIERROT.—Pues no tomes vino. Nuestro vino es rojo como los labios de Colombina, y como labios de mujer, indiscreto. Si nunca has cantado, no tienes derecho a beber... Teme al vino, que puede ruborizarte y ruborizarnos a la vez. Nuestro vino es como los labios de las mujeres, rojo, y los labios de las mujeres sólo deben abrirse para cantar. Vete.

ARLEQUÍN.—Tú estás borracho, Pierrot. Espérame, viejo boyero, que necesito afilar mi cuchillo para seguir

labrando esta marioneta. Polichinela, ¿nos acompañas?

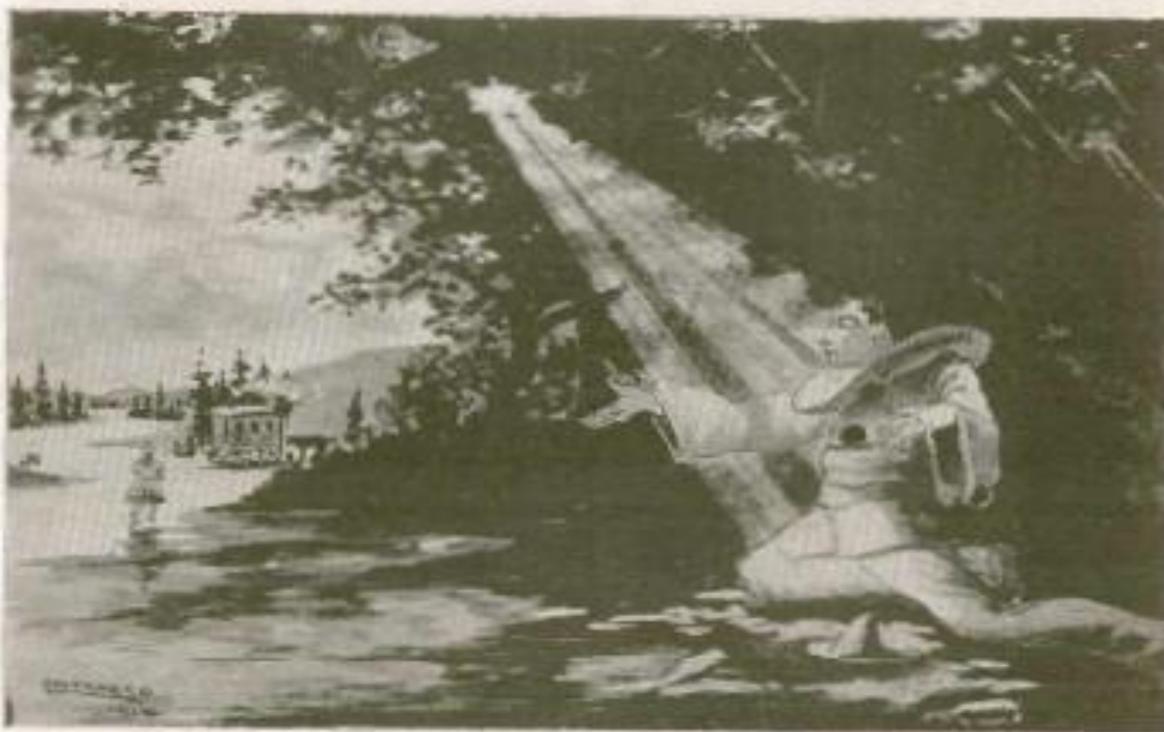
EL BOYERO.—Está dormido el Polichinela. En tanto Arlequín y el anciano se borran en las sombras, Pierrot empina el jarro con furor...

COLOMBINA.—Mira largamente al amante. Hay en su mutismo la melancolía de los rayos que cuelgan del follaje.—No bebas.

PIERROT.—Déjame. Esos hombres son felices porque no viven en ellos. Quiero ser como esos hombres. Déjame.

COLOMBINA.—Esos hombres en ninguna parte viven.

PIERROT.—Esos hombres son felices... Yo pasé una vez por un castillo sin puertas y con una sola ventana. Allí quedó mi bandolín y mucho de lo mío... Pero algo me queda... Déjame beber. Cuando me emborracho me parece que me fugó de mí mismo. Quie-



La Guatón, pres 16....

(Diseño del joven artista costarricense CARLOS FERRERÓ)

ro cantar. Quiero huir de mí para refugiarme en aquel castillo encantado sin puertas y con una sola ventana, donde los rayos de la luna se convierten en ti... *Las manos en el aire, a trompicones, Pierrot hace el intento de abrazar a la amada.*

COLOMBINA.—*Se aleja burlando los deseos del borracho.*— ¡Déjame!... ¡Déjame!...

PIERROT.— *Quedo solo, como siempre. Falso de equilibrio cae en el pozo cerca de un chorro de luz que sale por un agujero de la fronda y le engaña con la visión de la amada, a la que en vano pretende asir, mientras balbucea insistente, impertinente: La ilusión eres tú... La ilusión eres tú...*

Costa Rica, febrero de 1914.

Lira, Carmen y Soler Francisco. (1914). La ilusión eres tú. Pasatiempo de Carmen Lira y Francisco Soler, *Pandemónium*, 108, 328-32. Recuperado de:

<http://www.sinabi.go.cr/Biblioteca%20Digital/REVISTAS/Pandemonium/Pandemonium%201914/d-a-Pandemonim%20AnoVIII%2010%20abr%201914.pdf>

¿Qu'él herido, o vos herido,  
o entriambos a dos valdaos?  
Pa que diga la gaceta:  
«Ayer tarde en el Naranjo  
por cuestión de unos ayotes  
que se comieron los chanchos,  
ñor tal por cual y ñor otro  
se dieron unos filazos.  
¡Que la tierra les sea aleve!  
¡¡Dios los haiga perdonao!!»

\* \* \*

Tenía una mat'e rosas,  
lo menos de este tamaño,  
parecí'un altar de Corpus;  
pos el chanchísimo chanchito  
me le dió suelo.

—Caramba,  
ya yo lo hubiera matao.  
—Usté sí, pero yo no;  
¿sabe por qué no lo mato?  
porque pa yo que ese indino  
tiene frutilla y me aguardo:  
ole como los dijuntos;  
usa los ojos muy gachos;  
tiene las pizuiñas suaves  
y muy duro el espinazo  
y le dan como tarantas.  
—¿Estará mal arreglao?  
—No, le viene de nación;  
al tata lo encanfinaron.  
—¿Era también de su hermana?

—No, de Jasinto Camacho.  
En jamás de los jamases  
en casa nian uno han criaao,  
porque tata los desía:  
tengan perros, tengan gatos,  
tengan vacas, tengan güeyes,  
tengan mulas y caballos  
y gallinas y pollitos  
y chompipes y carracos;  
pero Dios guarde me traigan  
a la casa ningún chanchito.  
No quiero esos animales  
pa nada, ni sancochaos,  
y el día que traigan uno  
por éstas que se los mato...  
—Bueno, volviendo al ayote,  
en treintisinco es muy caro.  
—Lléveselo por los treinta.  
—Sólo una peseta cargo.  
—Arréselo, qué caray,  
y aguárdese y se lo parto;  
así entero no le cabe  
ni a mentadas, en el saco.  
—¡Iss! tiene las tripas negras  
y está muy aguarapao.  
—Ya lo vide: no lo lleve...  
—¡Después de tanto cuidalo!...  
¡maldita sean los demonios!  
¡Para chanchadas, los chanchos!

Aquileo J. Echeverría

Febrero de 1906.

## La Centienta

Les contes des fées sont absurdes et puérils,  
cela est sur. Mais j'ai bien de la peine à en  
convenir, tant je les trouve jolis.

A. FRANCE

(Le livre de mon ami).

Aprendí que es preciso soñar cosas bellas  
para realizar cosas buenas. Gloria a mis cuentos  
de hadas! No maldeciré nunca de ellos! Felices  
los que saben hacer de la vida un bello cuento.

J. BENAVENTE

(El príncipe que todo lo aprendió en los libros.)

La tropa formada por los séres que  
han pōblado y pueblan los ensueños  
infantiles pasa ante mis ojos. Son los  
séres creados por la imaginación in-

gēnua de los pueblos primitivos e in-  
mortalizados por Perrault, los Grimm,  
Madame d'Aulnoy, Madame Leprince  
de Beaumont y Joel Chandler Harris:

El Pulgarcito con su diminuto calzón rojo, su cascaca azul, sus medias blancas y sus zapatos de cuero leonado, viene con la sonrisa de la confianza en sí mismo al frente de sus hermanos; Capercucita lleva la linda cabeza cubierta por la gorra encarnada que le ha dado el nombre que suena lleno de encanto en los labios de los niños y de los hombres que no han olvidado que fueron niños. De su brazo cuelga la cesta en donde van la torta y el tarro de mantequilla para la abuelita enferma; Barba-Azul inmenso y terrible en la mano agita la llave manchada de sangre, la esposa tiembla a sus pies en lo alto de la torre, Ana, la hermana, grita que sólo mira el sol que reverbera y la yerba que verdea; la Bella Durmiente del Bosque hace su sueño de cien años en un lecho deslumbrante de oro y plata en aquel castillo solitario, del cual apenas pueden verse de lejos sus torreones que asoman sobre una muralla de árboles y de malezas; Piel de Asno guarda los pavos de la alquería en que sirve o se pasea dentro de su cuartito miserable, arrastrando la cola del vestido color de tiempo, mientras el príncipe curioseará por la cerradura; el Gato con botas corre, ricudo con malicia, delante del coche en que van el rey y su amo el Marqués de Carabas; Riquet, el del Copete, pasa feo y contrahecho pero lleno de sprit haciendo reverencias y las hijas de la viuda dejan escapar al hablar la una, la amable — perlas, rosas y diamantes y la otra — la malhumorada — sapos y culebras.

Viene luego el mundo de los Grimm con su inolvidable princesa Blanca-Nieve, quien nació tal cual la deseara su madre, aquella reina que cosiendo en un día de invierno cerca de su ventana enmarcada en ébano, se pinchó un dedo con la aguja y tres gotas de sangre cayeron sobre la nieve que cubría el alfeizar. «Pudiera tener yo — se dijo — una niña cuya tez luciera la blancura de esta nieve, el encarnado de esta sangre y cuyos cabellos fuesen tan negros como el ébano de la ventana». Tomasillo Pulgar busca abrigo y lo encuentra en un caracol; Hermanita y Hermanita se detienen hambrientos frente a la casita de turrón y el Príncipe-Rana saca del estanque la bola con que juega la hija del rey.

El Pájaro Azul de Madame d'Aulnoy se lamenta en el ciprés que está frente a la torre donde tienen encerrada a su prometida.

Madame de Beaumont hace desfilar las figuras de su lindo cuento 'La Bella y la Fiera', tan parecido al mito de Psiquis y el Amor.

Las siluetas cómicas que vagabundaban sobre los labios carnosos de los negros y que Chandler Harris fija en las páginas de un libro, se deslizan ejecutando sus piruetas que han esponjado en carcajadas tantas bocas de niños de piel morena y de piel blanca y fina.

Bien que al llegar a nosotros, nuestras abuelas transformaron estas siluetas: son ellas, la de tío Conejo, más ladina que la de abogado viejo; la de tía Zorra, cuya proverbial astucia de nada le sirve ante el ingenioso Conejillo y la de tío Coyote, simpón y crédulo como la de un campesino cándido en una ciudad.

Entre estos grupos de seres imaginarios y que, sin embargo, han conmovido más nuestra sensibilidad que muchos seres reales que se afanan en la vida, va y viene un tropel de hadas jóvenes y viejas, vestidas con trajes resplandecientes o cubiertas de harapos y armadas de su varita mágica; de gnomos alegres coronados de flores y que bailan a los sonos de sus arpas de oro; duendes traviesos que ya deshacen muriéndose de risa la calceta de la vieja regañona, como terminan en un abrir y cerrar de ojos la tarea del pobre zapatero.

Pero de todas estas figuras ninguna tan gentil y bella como la de Cenicienta. Envuelta en su sonrisa triste y bondadosa se desliza entre el alma infantil con la misma dulzura de un rayo de luna.

¿Quién de los que la vio nacer de pequeños no ha hecho de su corazón un relicario para llevarla en él tal como la soñara Doré, sonriendo con la placidez y la serenidad que hay en los labios de las almas puras y asomando

tímida la punta de su pie calzado con la zapatilla de cristal?

Y esta zapatilla de Cenicienta!

Mientras la inocencia vive dentro del espíritu, el menudo chapín transparente se agita entre las brumas azules que flotan en los ensueños de los primeros años, tal como una barquita portadora de algo misterioso, aquello que ya de hombre uno llama el ideal.

La Cenicienta es el primer cristal de Belleza que se prende del alma. Antes de conocerla, todas las ideas que de lo bello se tienen se agitan imprecisas en la inteligencia, pero a su llegada se unen y forman esa blanca y delicada forma que se nos queda dentro para mientras vivamos.

Los niños católicos que saben de ella, la ponen al lado de la Virgen María. Conozco una chiquilla que no quería pensar que la Madre de Dios fuese más buena o más bella que la Cenicienta.

Ser como Cenicientilla! Ser linda como ella! Sufrir y llorar como ella! He aquí el deseo más vehemente de muchas pequeñas soñadoras.

Es la primera santita mártir del calendario de los niños. Antes de Santa Eulalia, de Santa Lucía, de Santa Agueda, está Santa Cenicienta llorando entre las cenizas por las crueldades de su madrastra y de sus hermanas.

Las lágrimas más tempranas que recuerdo haber derramado por algo que no implicase un dolor físico, fueron por ella, cuando siguió con sus ojos a las hermanas que se marchaban al baile. ¿Por qué no la llevaban si era linda y joven y deseaba tanto ir?

En la manera de contar el cuento los Grimm, hay un detalle que hace pensar en la sencillez de corazón del Santo de Asís, y que nunca que yo sepa ha dejado de conmover a los niños que lo leen o escuchan: es aquel del padre que se va de viaje y pregunta a sus hijastros y a su hija qué desean les traiga. Ellas piden ricos vestidos y alhajas, pero Cenicienta sólo quiere un gajo verde de alguno de los árboles que él encuentre en su camino. ¿Y acaso en otros pasajes no la ha-

ce el cuento digna de caminar al lado de este San Francisco, hermano del lobo y de las tórtolas, que dice la leyenda? ¿Las aves del cielo no acudían también a ella llenas de confianza, porque como aquel bienaventurado era limpia de corazón?

Como en todo el relato conserva esa ingenuidad y gracia de la inocencia, los niños la comprenden mejor que a cualquier otro de los personajes que les hacen conocer y así es Cenicienta, antes que Jesús, quien les dice de la paz y dulzura que quedan en el alma cuando se perdona y hace bien a quienes nos hacen mal. ¿No pone en sus manos toda la gracia de su pensamiento, para peinar y adornar a sus hermanos que se van al baile, cuando todavía en sus pestañas tiemblan las lágrimas que han hecho brotar las burlas de aquellas?

Los sarcasmos y las crueldades de la madrastra y de sus hijas no son suficientes para esturbiar la tranquila diaphanía de su espíritu.

Cuando la zapatilla de cristal que no entró en los pies de las grandes damas, se acomodó en el breve pie de Cenicienta ante los admirados ojos de los mensajeros del rey y los envidiosos de sus hermanas, su actitud no fue de triunfo sino de perdón, pero con una nobleza tal que más bien parecía estar pidiéndolo por tener que concederlo. La alegría a que nunca había estado acostumbrada, hizo florecer magnífica su bondad. Su gesto aquel cuando se inclina para levantar y besar a sus hermanas arrodilladas ante ella y pedirles que la amen, queda en relieve en nuestro ser interno como una perenne lección de graciosa benevolencia.

La narración toda está impregnada de esa doctrina de perdón que han predicado hombres cuyo nombre ha llenado el mundo y sin pretensiones de sermón; con la sencillez y encanto de una fontecilla de aguas puras se entra por el alma de los niños y les deja un caudal de indulgencia que la vida no logra agotar.

Bendito cuento de Cenicienta y su zapatilla de cristal que dejó perdi-

202

da en la escala del palacio del rey cuando oyó sonar la primera campana que indicaba la media noche! Lo maravilloso que encierra posee el encanto de las bellezas que no producen ningún bien material; la gentil inutilidad de la espuma que palpita sobre la copa que contiene una bebida generosa; la de la anunciación del fruto que hay en la seda de los pétalos.

Benditas maravillas que fueron en nuestros ratos de ocio como la miel que la madre pone sobre la rebanada de blanco pan! La buena hada apareciendo entre las tristezas de las cenizas; la calabaza convertida en carroza; los ratones en caballos; la rata en co-

chero; los lagartos en lacayos y el vestido mugriento de la doliente doncella en un traje en el que el oro y las piedras preciosas destumbraban.

Es de los cuentos que debieran ser contados siempre por los labios temblorosos de una abuelita sentada en un viejo sillón, colocado en el rincón más tibio del hogar.

En cuanto a mí, siempre diré de Cenicienta lo que Verlaíne, ya viejo, de Piel de Asno:

«Si Peau d'Âne m'était conté  
J'y prendrai un plaisir extrême».

Carmen Lira

Lira, Carmen. (1914). La Cenicienta, *Pandemonium*, 114, 520 -23. Recuperado de: <http://www.sinabi.go.cr/Biblioteca%20Digital/REVISTAS/Pandemonium/Pandemonium%201914/ga-Pandemonim%20AnoVIII%2010%20jul%201914.pdf>

azul se ven tres agujeros diminutos. Los ojos están cerrados; la cara no ha cambiado ni aún de expresión. Nuestros fusiles matan sin dolor.

El tuno del viejo merece que le quememos la casa entera, opina el cabo.

¡En marcha! doy yo entonces la voz de mando.

Y los tres habitantes del cortijo continúan postrados de rodillas, mientras el muerto yace en tierra junto al muro...

## Los musgos

Por John Ruskin

Traducción de la dulce Carmen Fira.

Hemos encontrado belleza en el árbol que produce un fruto y en la yerba que produce un grano. Qué decir de la yerba sin grano, de ese líquen de roca, sin fruto, sin flor? Qué decir del líquen y de los musgos? Aunque ellos sean en su exhuberancia frondosos y ricos como la yerba, permanecen, sin embargo, para la mayoría de las gentes, como las más humildes cosas verdes que viven.

Humildes criaturas (primeros dones misericordiosos de la tierra, son como un velo de silenciosa blandura puesto sobre la desnudez de las rocas monótonas! Criaturas poseídas de piedad, tienden sobre la desgracia de las ruinas un extraño y tierno ennoblecimiento, posan sus dedos tranquilos sobre las viejas piedras vacilantes para enseñarles el reposo!

No conozco palabras que puedan decir lo que son estos musgos. No las conozco bastante delicadas, bastante perfectas, bastante ricas. Cómo hablar de las redondeces esmeraldinas, frondosas, resplandecientes; de las estrellas con florescencias de rubíes, con un bordado tan fino que se diría que los espíritus de las rocas pueden hilar el pórvido como no-

sotros lo hacemos con el vidrio; de las redecillas de plata entremezclados a través de cada fibra en un bordado de seda tornasol, espléndida y caprichosa; y sin embargo se mantienen tranquilos y recogidos y formados únicamente para las más dulces y más sencillas obras de misericordia. Ellos no serán recogidos como las flores, para guirnaldas o prendas de amor, sino que el pájaro silvestre con ellos hará su nido y el niño fatigado su almohada.

Y así como fueron el primer don misericordioso de la tierra, también serán el último. Cuando todos los otros servicios de las plantas y de los árboles nos sean inútiles, los musgos delicados y el líquen gris comenzarán entonces su fúnebre vigilia en torno de la piedra sepulcral. Los árboles, las flores, las yerbas que ofrecen sus tributos, cumplen su misión por un tiempo, pero ellos la realizan eternamente. Árboles para el depósito del constructor, flores para la alcoba de la desposada, trigo para los graneros y musgos para la tumba!

(The modern painters).

Lira, Carmen. (1915). Los musgos (Traducción de Carmen Lira), *Pandemonium*, 134, 139.

Recuperado de:

<http://www.sinabi.go.cr/Biblioteca%20Digital/REVISTAS/Pandemonium/Pandemonium%201915/i-Pandemoniun%20AnoX%2015%20may%201915.pdf>

Todas las imágenes de la Memoria Digital de Carmen Lyra fueron revisadas por el Programa de Publicaciones de la Universidad Nacional y los libros digitales realizados por Jenny Segura Barboza.